

“Democracia y fascismo”

El Diario, 1 de noviembre de 1934, p. 3.

Algunos diarios de la vieja sensibilidad han dado en la flor de escandalizarse o cosa así, por el hecho de que en nuestras columnas se recojan informaciones y referencias, a través de las cuales se puntualizan distintos aspectos de la extraordinaria obra constructiva que, especialmente en Italia, viene cumpliéndose por el régimen fascista.

Esa circunstancia nos da oportunidad para hacer dos aclaraciones. La primera de ellas es la de que al acoger y aún al glosar aquellas referencias, no hacemos más que señalar hechos concretos y absolutamente innegables, cualesquiera sean las prevenciones y el "parti pris" con que la cuestión se enfoque.

La segunda aclaración que juzgamos oportuno hacer, es la de que no hay absolutamente ninguna razón para que los puntillosos ortodoxos de la democracia, a impulsos de su hiperestesia representativa, consideren poco menos que incursos en delito, a los que no creen del caso despotricar, sistemática e irreflexivamente contra el fascismo, sino que lo juzgan un intento particularmente interesante y digno de estudio, inspirado en el propósito trascendental de sacar al mundo del marasmo y del desconcierto en que se encuentra.

Y entendemos que no existe razón para repudiar al fascismo en nombre de la democracia, porque, la verdad sea dicha, tanto en Italia como en Alemania, el sistema imperante es incuestionablemente popular, lo que equivale a señalar su esencia democrática.

¿Qué es, en efecto, la democracia? Democracia es fundamentalmente, el gobierno conformado a la voluntad del pueblo. Es —y no puede ser otra cosa— el gobierno ejercido por delegación popular. Si el noventa por ciento de la población italiana, en consecuencia, quiere el régimen fascista, forzoso resulta concluir que el fascismo es en la Península, siquiera sea circunstancialmente, el régimen democrático por excelencia.

En otro concepto, ¿cuál es, "strictu sensu", la finalidad de la democracia, de la democracia clásica, la nuestra por ejemplo? Evidentemente, esa finalidad no puede ser otra cosa que la de propender al mejoramiento moral y material del pueblo. Y en este aspecto también, digan lo que quieran los declamadores de la ortodoxia que dejamos señalada, el fascismo, en los países en que se le ha aplicado, llena cumplidamente los objetivos de la democracia, conforme hasta el más obtuso puede comprobarlo.

Se dirá que el régimen fascista tiene el inconveniente de aminorar y restringir las libertades individuales. Lo reconocemos. Pero, necesario es asimismo admitir que ese sistema de organización política está actuando en un momento excepcional, que hemos definido ya como de verdadera beligerancia, en el que los espíritus se hallan movilizados, como bajo el estado de guerra y en el que, por lo tanto, la

declamación debe ser sustituida por la acción, al precio de cualquier renunciamento, de cualquier sacrificio.

Orden, disciplina y obediencia, son las palabras que debieran constituir el santo y seña en esta hora particularmente grave de la historia del mundo. Ello es lo que se ha entendido ya por los pueblos a los que la realidad ha despertado del sueño en que los postró el romanticismo palabrero de los declamadores de buena fe o el tóxico, cuidadosa y calculadamente administrado, por los traficantes de la demagogia. No sólo el caso de Alemania e Italia dan razón a este aserto. La propia Rusia lo corrobora y en Estados Unidos y en la propia Francia se advierten, en este mismo sentido, síntomas particularmente sugestivos.

Repetimos que no hacemos más que señalar, objetivamente, hechos comprobados y comprobables y que estimamos imprescindible y lógico que aquí y en todas partes sean el imperativo democrático, la soberanía popular, los que impongan las fórmulas políticas y los regímenes gubernamentales. Italia y Alemania, inequívocamente, quieren ser fascistas, derivándose de esa voluntad un beneficio evidente para esas dos grandes comunidades nacionales.

Con la misma lógica, la estructura política de nuestro país deberá, pues, a nuestro juicio, continuar, amoldándose a los dictados de la auténtica y genuina voluntad popular. Lo que equivale a significar que si admitimos la verdadera democracia, la consideramos absolutamente inconciliable —entiéndase bien— con su paradójal e inseparable enemiga, la demagogia, causa de su descomposición y de su descrédito.